

EL SILENCIO

(José Montilla)



—**E**l presidente Montilla al teléfono, es él mismo —oí que me decía Judit, la secretaria de dirección del periódico.

—De acuerdo, pásamelo.

—¿Qué tal? ¿Cómo estás? —escuché al otro lado del teléfono, y reconocí la voz del presidente Montilla.

—Muy bien, Presidente. ¿Y tú?

—Bien, bien —y se quedó en silencio.

Pasaron los segundos, seguramente diez o quince, pero me pareció un minuto entero.

Tuve una duda y, cubriendo con la mano el micro del teléfono, pregunté a Judit, a través de la puerta abierta de mi despacho:

—Judit, ¿ha llamado él o hemos llamado nosotros?

—Él, él. Ha llamado él.

—¡Ah! —dije, y saqué la mano del micrófono.

Dejé pasar seis o siete segundos más, pero estaba inquieto y acabé diciendo:

—Bueno, Presidente, no te robo más tiempo, que debes de estar ocupado.

—Sí, estos días, mucho.

—De acuerdo, pues; a ver si nos vemos pronto, me gustaría saber cómo ves las cosas.

—Sí, sí, cuando quieras.

—De acuerdo, Presidente, adiós.

—Adiós.

Y colgamos.